

IV.

UN NUEVO PESAR.

Pasé una noche cruel.

Nada es más duro, más angustioso que la soledad cuando el ánimo está afligido, y se está dotado, como yo lo estaba, de una imaginación casi voraz.

— ¡Si, me decía, Magdalena tenía razón! ¡La felicidad es un sueño, la realidad es el dolor, la desgracia la ingratitud! ¡Dios mío! si esto es Eduardo, ¿qué serán todos los demás? ¡Él, que parecía tan dulce, tan amable, tan complaciente, tan bueno, tratarme ahora así! ¡Ah, esto es odioso!

Las aficciones pueriles no tienen ni aún el consuelo de la oración: en las grandes penas acude una á Dios, seguro de que nos concederá su amparo, ó de que á lo ménos nos dará resignación para sobrellevarlas; pero hay penas triviales, *neccias*, por decirlo así, en que no espera uno ni aún el socorro de la Providencia, porque tampoco se acuerda de implorarlo.

Desesperada ya porque no podía dormir, me levanté y abrí la ventana de mi cuarto: á través de los cristales vi luz en el de mi marido, que sin duda se preparaba para la caza.

Fuí á llamar á su puerta por un movimiento irreflexivo, cansada ya de llorar, abrumada por la soledad y por el insomnio.

— ¿Quién es? preguntó la voz de Eduardo.

— ¡Soy yo! repuse con acento trémulo..... ¡Valeria: abre!

Descorrióse el cerrojo, y el Conde me abrió sus brazos.

— ¡Pobre ángel mío! exclamó besándome tiernamente; y conduciéndome á un sillón: ¡tú aquí, á estas horas! ¡yo te creía dormida!

— ¡No he podido conciliar el sueño!

— ¿Por qué? ¿Estás mala?

— ¡Estoy tan afligida, Eduardo! ¡Ah, dejarte de ver durante cuatro días!

Y prorumpí en llanto.

El me miró indeciso, y luégo, asiéndome las manos, exclamó como guiado por un movimiento interior irresistible:

— ¡No quiero que llores más: no iré!

— ¡Ah! ¿De veras? exclamé; ¿no irás?

— ¡No! Bastantes penas hay en la vida sin que yo te dé más: vamos, alégrate: mira, está amaneciendo: ve á vestirme en tanto que yo escribo una carta de excusa, y te llevaré al Retiro en nuestro cochecito abierto.

Yo salí saltando de alegría: me vestí sola, y ¡con qué gusto! Jamas he hecho una *toilette* más deliciosa.

Procuré ponerme todo lo bonita posible: elegí un traje blanco, un sombrerito de paja y una ligera manteleta de seda negra.

Vi enganchar el caballo al coche, palpitando de júbilo mi corazón.

Acababa de vestirme cuando Eduardo llegó en busca mía.

—Vamos, dijo; ya nos espera el coche.

Me dió el brazo y bajamos; yo iba loca de contento con mi victoria; él parecía dichoso de complacerme.

Subimos al coche, y pronto llegamos al Retiro, internándonos en sus frondosas calles.

Habia algunas gentes paseándose, aprovechando la frescura de la mañana y gozando del aroma de las flores.

—¿Quieres tomar un vaso de leche? me dijo mi esposo.

Yo acepté y entramos en la lechería. A pesar de todos sus esfuerzos y de toda su voluntad, me pareció Eduardo distraído y triste.

—¡Aun piensa en su caza! me dije con un poco de amargura.

Estábamos acabando de tomar la leche, cuando entraron dos caballeros y se sentaron en una mesa inmediata; yo los reconocí con terror; eran los dos que habian estado en casa el día anterior, y que se habian llevado á mi marido á almorzar; los mismos que habian dispuesto la malhadada partida de caza.

—¿Vosotros aquí? exclamó al verles mi marido con gran admiracion.

—Aquí, repuso el Vizconde secamente.

—¿Pero no habeis ido de caza?

—Ya ves que no.

—¿Por qué razon?

—Eso te preguntamos nosotros, aunque la adivinamos.

—Estas palabras fueron acompañadas de una mirada á mí llena de rencor.

—¿De modo que no habeis ido?...

—Porque tú has renunciado á acompañarnos; se descomponia la mitad de nuestro plan y lo dejamos.

—Veo que mi marido es muy preciso para sus amigos, dije yo con una imprudencia de que ahora me admiro, y volviendo otra mirada rencorosa á los dos caballeros, á los que ya profesaba una aversion mortal.

—Y nosotros, dijo el Vizconde de Torreñiel, que era muy insolente, vemos al mismo tiempo que su mujer le ama tambien de un modo que no le deja voluntad propia.

—Caballero, repuse yo con las mejillas rojas: el hombre que vive al lado de su esposa no puede obrar tan libremente como el que está separado de ella.

—Siento, señora, que no pertenezca V. al sexo fuerte, repuso el Vizconde con una frialdad en la que habia mucho de insultante; de lo contrario.....

—¿Qué, caballero?

—Le enseñaria mi espada á no meterse en vidas ajenas.

—Cuando V. se mete en alterar la paz de la mia...

—No sabemos que V. al casarse exigió á su marido que no se separase de su falda; pero no lo debemos extrañar ahora que lo sabemos: ¡es V. tan rica!...

—¡Carlos, exclamó mi esposo, esta disputa es innoble, y estás faltando á mi mujer, lo que no consentiré!

—¿Qué mal hay en que diga á esta señora que ha comprado un título de Condesa? Esa es la verdad.

—Es que hay verdades que se pagan con la muerte, y ademas esa es una infame calumnia, exclamó Eduardo exasperado.

—Si así lo toma V., enhorabuena, dijo el Vizconde.

—Vamos, observó el amigo de Torreñiel y de mi marido interviniendo; ¿hay motivo para esto? ¿Sois acaso dos niños? Tú, Vizconde, estás irritado con Eduardo, porque ha faltado á la partida; ¿pero esto qué prueba? Que le amas. ¿Es verdad ó no?

—Es verdad, repuso el Vizconde de mala gana.

—Estás ademas irritado con esta señora, porque piensas que ella le ha impedido ir á buscarnos; pero ¿no estaba en su derecho, reteniendo á su marido con esas admirables armas de las mujeres, con el llanto y el ruego, si le quería guardar á su lado? ¿Y hay nunca derecho para reconvenir á una dama? Vamos, loco Vizconde, ruégale que perdone tus inconveniencias, y V., señora Condesa, no se muestre con él tan severa como merece.

Miré al Marqués de Prado Hermoso con profunda gratitud; veía, con angustia mortal, que mi osadía con el Vizconde, osadía vergonzosa y que me habia rebajado tanto sin saberlo yo misma, iba á provocar un duelo; el Marqués, que venía á evitarlo con su tacto de hombre de mundo, me pareció un ángel salvador.

Era, en efecto, un bello y simpático jóven de cabellos y ojos negros, estatura elegante y modales llenos de distincion y de dulzura.

A la mirada que yo le dirigí me contestó con otra muy expresiva, y como dándome seguridad de que aquello no pasaria adelante, ni tendria desagradables consecuencias.

Con gran sorpresa mia, su mirada tan tierna, tan llena de atractivos para mí, cambió súbitamente de expresion al volverse sobre el Vizconde, y se hizo dura é imperiosa.

—Vamos, añadió, ¿á qué esperas, Carlos? ¿Por qué no pides perdon á la Condesa?

Una segunda mirada, más imperiosa que la anterior, acabó de subyugar á Torreñiel, que se acercó á mí confuso y avergonzado.

—Yo pido perdon á la señora Condesa, dijo, de todo lo que le he dicho que la haya podido ofender. ¿Será tan buena que me lo conceda?

—Sí, respondí yo; yo tambien le he faltado á V., caballero, y á mi vez le pido indulgencia.

—¡Oh, señora! exclamó Torreñiel con un rendimiento dulce, pero que me pareció tan meloso y falso como las caricias del gato: V. es mil veces demasiado buena y amable; deseo que seamos muy amigos.

—Lo serémos, caballero.

—¿De véras, señora? ¿Será V. tan generosa?...

—Se lo aseguro á usted.

—Ahora, dijo Torreñiel con una sonrisa que me espantó, me toca hacer las paces con el marido: tambien te ruego que me perdones, querido Eduardo.

Mi esposo le alargó la mano sin responder, pero con visible repugnancia.

—Gracias por ese generoso perdon, mi querido Eduardo, y para sellarlo, hazme una concesion.

—¿Cuál? preguntó mi marido.

—Que vengas mañana á cazar con nosotros; realizaremos lo mismo que habiamos pensado hacer hoy: ¿no aceptas?

—Sí, respondió mi marido, iré.

En la situacion á que habiamos llegado, aquella con-

clusion me pareció la más dichosa que podía tener tan desagradable asunto; y, sin embargo, ¡ay! iba á efectuarse la cacería, cuyo proyecto habia dado lugar á tantas escenas desagradables; entónces vi con dolor que la imprudencia de las mujeres da algunas veces frutos muy amargos, sobre todo para ellas mismas, y que muchos pesares podrian evitarse con un poco de prudencia y de sufrimiento.

Si yo hubiera dejado llevar á cabo la cacería en aquella mañana, hubiera llevado á aquella hora pasado uno de los cuatro dias de ausencia tan temidos y tan llorados; así, áun me quedaban que pasarlos, y ademas habia sufrido otro disgusto mortal.

¿Cómo quedaria, por otra parte, con respecto á mí, el ánimo de mi marido? Apénas me atrevia á mirarle; tal era el temor que tenía á su enojo.

Si estas memorias mias llegan á tus manos, querida hija, yo te aconsejo con toda la eficacia de la experiencia, que no te dejes llevar de los arranques de un carácter violento y dominante, y que medites ántes de pronunciar frases que pueden comprometer fácilmente la tranquilidad de toda tu vida.

Es cosa muy sabida que se pierde poco ó nada con sufrir y con callar, y que se puede perder mucho con la intolerancia y la imprudencia.

La posicion nuestra habia llegado á ser embarazosa, y Eduardo me hizo una severa señal para que me levantara, á la que obedecí temblando ante la idea de hallarme sola con él.

Yo me despedí de sus amigos con una inclinacion de

cabeza llena de cortedad, advirtiéndole al mismo tiempo que el marqués de Prado Hermoso me miraba con una insistencia extraordinaria.

Subimos al carruaje, sin siquiera entrar en el Retiro.

Mi marido no me dijo nada; yo tampoco me atreví al principio á dirigirle la palabra; pero al cabo me determiné y le dije no sin mucha timidez.

—¿Estás enojado conmigo, Eduardo?

—Valeria, me respondió, no estoy enojado, sino desesperado.

—¿Qué dices?

—Me has puesto en ridículo; en el más terrible ridículo.

—¡Yo!

—Has insultado á ese hombre, y has dado lugar á que nos insulte él á los dos. ¡Esto es espantoso!

—¡Pero Dios mio!

—¿No has oido lo que ha dicho? Que tú has comprado tu título de Condesa; luégo quiere decir que yo lo he vendido. ¡Oh! yo mataré á ese hombre, le mataré! Dia llegará en que con cualquier pretexto le envíe una bala al corazon.

—Sosiégate, por Dios, mi querido Eduardo, exclamé; ya ves que él ha confesado la inconveniencia de su lenguaje y que nos ha pedido perdon.

—¿Y eso basta?

—¡Yo creo que sí!

—Pues tú te equivocas; y yo le haré ver que se equivoca tambien.

No pude responderle, porque llegábamos á la puerta

de casa: nos apeamos, pero eran tales mi disgusto, mi terror y mi angustia, que apenas podía andar.

Eduardo me dió el brazo, y yo hice un esfuerzo supremo para no dar que sospechar á los criados que habia habido algun disgusto entre nosotros.

Entré en mi cuarto y me dejé caer en un sillón desfallecida.

Debia estar tan pálida y tan demudada, que mi marido, que realmente me amaba mucho, se movió á compasion.

Me quitó el sombrero él mismo, y se lo dió á Justina.

—¿Viene mala la señora Condesa? preguntó ésta.

—Sí, respondió mi marido; es preciso que se acueste un poco; prepare V. el lecho.

En tanto que Justina preparaba mi dormitorio, Eduardo se inclinó á mi oído y me dijo dulcemente:

—Valor, querida Valeria; tranquilízate y no temas; nada hay en el mundo que me sea más caro que tu felicidad; procura dormir, y hasta luégo.

V.

AGONÍA.

Ya no me levanté aquel día; al amanecer del día siguiente entró mi marido y me besó en la frente.

—¿No has dormido? me dijo al verme sentada en el lecho y envuelta en un peñador, pálida é inmóvil.

—Ni un instante, le respondí.

—Cálmate; he reflexionado, me he tranquilizado; ya no pienso provocar al Vizconde, considero que se ha excusado, y por consiguiente, que se ha humillado á mí; descansa, pues, y espera mi regreso con sosiego.

Salió despues que le hube abrazado llorando, y me puse á rezar, pidiendo á Dios que no ocurriese lance alguno.

Ya bastante tarde me levanté y fuí á oír misa; anhelaba yo la iglesia como el puerto de paz y de bonanza.

Habia cerca de mi casa una pequeña, limpia y primorosa capilla, sostenida por el culto de los fieles.

Los altares estaban cubiertos de mantelillos blancos como la nieve, cosidos y guarnecidos de encajes, hechos á la aguja por las señoras de la vecindad.

Lucian en el altar algunos ramos de flores frescas y ricas de aroma que embalsamaban el sagrado recinto; las ventanas se hallaban cubiertas con cortinas y quedaba la modesta capilla en una semi-oscuridad.

¡Qué bella es la religion cuando la rodea la sencillez y cuando se nos presenta con solo el prestigio de su pompa natural!

Allí, en aquella pobre iglesia tan pequeña, pero tan fresca, tan oscura, tan silenciosa, sentí que el rayo de la esperanza penetraba en mi alma y que la oracion caia en ella como un rocío celestial.

—¡Gracias, Dios mio! exclamé. ¡Vos me enseñais vuestra santa Casa, como diciéndome: «Cuando sufras vén aquí!» Enseñadme, Señor, á tener paciencia en las duras pruebas de la vida! ¡Dejadme el resplandor de la

esperanza entre las negras sombras que empiezan á rodearme! Y sobre todo, ¡haced que jamas flaquee la fe que me inspirais!

Tan bien me hallaba allí, tal serenidad descendió á mi alma, tan plácida calma la inundaba, que las horas se me pasaron como instantes rezando ó meditando.

Un sacerdote anciano y con la frente coronada por una cabellera blanca dijo una misa; sólo la oímos seis ú ocho personas, y entre ellas no habia otra jóven que yo. Justina tuvo que venir á buscarme.

Yo me hallaba sentada en una silla y arrobada en una dulce meditacion de la que no salí hasta que ella me tocó ligeramente en el hombro.

—¿Qué hay? le pregunté.

—Esperan en casa á la señora Condesa.

—¿Quién?

—Un criado de su señor padre.

Me levanté y seguí á mi camarera, que iba delante con aire azorado.

—¿Qué sucede? le pregunté.

—Se ha puesto muy enferma la señora Condesa de los Valles.

—¿Magdalena?

—Sí, señora; el médico ha declarado que el aneurisma que padecía desde hace tanto tiempo se ha vuelto agudo y se halla en peligro de muerte.

—¡Dios mio, exclamé, adelántate y dí que pongan mi coche! Quiero ir al instante.

—El señor Conde ha enviado uno de sus carruajes para que conduzca á la señora.

Llegábamos al decir esto á la puerta de casa, en la que vi, en efecto, parado el carruaje de mi padre; subí á él y partió rápidamente.

Llegamos allí y hallé á mi mismo padre al fin de la escalera.

—Vén, me dijo, vén Valeria; ¡Magdalena quiere verte; se muere!

Mi padre, al decir esto, dejó resbalar dos gruesas lágrimas por sus mejillas, pálidas por el dolor.

—¿Quién sabe, padre mio? le dije; ¡tal vez sea sólo una dolencia pasajera; ten valor!

Mi padre sacudió melancólicamente la cabeza, y ambos entramos en el cuarto de Magdalena.

Esta se hallaba acostada en el lecho, pálida é inmóvil: áun presentaba su rostro el modelo de todas las gracias; y ¡cosa extraña! toda la tristeza que ántes se aposentára en él, habia dejado lugar á una radiante expresion de dicha.

—Ya está aquí Valeria, querida Magdalena, dijo mi padre en tanto que yo, habiendo descubierto á Felicia, me acercaba á ella llena de tristeza.

La Condesa abrió los ojos, y buscó mi mano, diciendo con voz débil:

—¡Gracias, querida mia; voy á morir y deseaba verte.

—¡A morir! repetí yo; ¿por qué esos tristes pensamientos, querida Magdalena? ¡Sólo Dios sabe cuándo dejaremos este mundo!

—¡Dios lo sabe y me lo ha dicho! repuso la Condesa; quisiera hablar á solas contigo algunos instantes; dí á todos que se retiren.

Felicia fué la que cumplió este deseo, saliendo ella con mi padre y quedando yo sola con Magdalena, á cuya cabecera me senté.

—Hija mia, me dijo la Condesa, dándome este dulce nombre por la primera vez; es preciso que te hable pronto, porque conforme puedo vivir aún cuatro ó seis días, puedo morir dentro de dos horas, y además me fatigo mucho; escúchame con atención..... yo no he sido para tí lo que debía ser..... no te he educado por mí misma; verdad es que tampoco he descuidado tu educación..... ¡Perdóname pues!

—¡Dios mio! ¿No me has dado á mi buena aya, Magdalena? exclamé yo; ¿qué más podías hacer? Tú estabas enferma y triste.

—¡Triste, mucho! repuso la moribunda; ¡oh, sí! Yo he podido decir con más verdad que nadie: «Mi alma está triste hasta la muerte.» Porque sólo detrás de las sombras de la muerte es cuando empiezo á ver los resplandores de la eterna luz.

El cansancio hizo detener á la Condesa, quien, previendo que sus fuerzas iban á agotarse, prosiguió:

—He de acabar en breve, por temor de que después no pueda hablarte; mira, lo que te quiero decir es solamente que separes tu vista de este mundo y la levantes al cielo. ¡Aquí no hay nada..... nada..... más que engaño y mentira! ¡Los hombres juegan con la felicidad de la mujer y la rompen como un juguete de barro; no esperes, pues, aquí dicha ni alegría; éstas sólo residen en el cielo!

Aquellas palabras, articuladas por unos labios sobre

los que ya pasaba el soplo de la muerte, me impresionaron de un manera profunda y triste, y mi corazón se oprimió, sin tener valor para contestar nada.

—No acuso á nadie, prosiguió la Condesa; ¡pero cuán desgraciada he sido! Hace doce años que anhelaba este día como la suprema dicha que acá abajo podía esperar! ¡Y sin embargo, á los ojos del mundo era una de las más dichosas criaturas que moraban en él, y muchas mujeres me envidiaban! ¡Desgraciadas! ¡No sabían lo que se ocultaba detrás de mi vida! ¡Cuánta pena, cuánta amargura, cuánto desaliento!

Hay otra cosa aún de lo que quiero hablarte, querida Valeria, prosiguió mi madrastra tras una pausa; de tu aya. Hasta ahora ha sido mi amiga y nada le ha faltado; hoy, que le faltó yo, no la desampares tú. ¡Te quiere como á una hija! Quiérela tú como á una madre, aunque sin seguir demasiado esas suaves doctrinas que son las tuyas y que nacen de la perfecta tranquilidad de su alma, en la cual jamás se ha albergado la tempestad..... ¡Ah! es que sin duda no ha sido jamás verdaderamente desgraciada. Ella te dirá que la felicidad existe..... pero no lo creas, porque la buscarás en vano; ya has empezado á sufrir con tu marido, pobre niña, y aún no cuentas dos meses de casada..... Calcula lo que te espera en el porvenir.....

—¡Dios mio! exclamé; ¿qué quieres decir, Magdalena? ¿Sabes algo que?.....

—Sí, mucho, dijo la Condesa, y no sé si me atreva..... ¿Por qué no? Solo diré la verdad, y Dios me pedirá cuenta si no te advirtiese.....

— ¡Habla, habla!

— Pues bien, escucha, pobre niña: yo amaba mucho á un hombre ántes de casarme con tu padre; le amaba como tú amas á tu marido..... Ese hombre se casó con tu abuela porque era rica,

— ¡Como! ¿Era Sandoval?

— Sí, era él..... Verdad que ya estaba yo casada con el Conde, y que todo lazo se habia roto entre los dos por la voluntad de mi madre..... Pero él debia haber sido constante y fiel á su amor y no haberlo vendido..... poco á poco he conocido lo que ese hombre valia, y he temblado por tí, al saber que él habia hecho tu casamiento.

— ¡Si yo me he casado á mi gusto! ¡Yo amo á Eduardo!

— Lo sé..... Tu corazon ha respondido á sus deseos..... El Conde debe serle enteramente adicto..... Debe ser del todo suyo..... Teme por tu marido..... Teme por él y vela por él, Valeria..... Sandoval está dominado completamente por la codicia, y ha engañado á tu abuela de un modo infame..... Bajo la capa de una adoracion profunda, la roba, la despoja de todo, y él vive en el seno de los desórdenes..... ¡Cuida de tu abuela y de tu marido!.....

La voz de la Condesa espiró aquí, su cabeza se dobló sobre las almohadas, lívida, inerte, con el esfuerzo que habia hecho para hablar; y yo, poseida de terror, empecé á pedir socorro á grandes gritos, acudiendo al instante Felicia y mi padre.

A beneficio de un cordial, abrió los ojos de nuevo, y pidió que volviese el sacerdote y que la dejasen sola con él.

Todos salimos de la habitacion, y á mí me llevó Felicia á su cuarto.

Yo estaba anonadada, pero era tal el respeto que me infundian las revelaciones hechas por aquella mujer que se moria, que nada dije á mi aya, y permanecí meditabunda y sombría.

El día acabó de pasarse entre la ansiedad consiguiente al estado de la Condesa, que podia espirar de un momento á otro, y á la que apenas parecia quedar ya un resto de vida.

Sin embargo, pasó la noche con bastante sosiego.

Mi padre se retiró á su habitacion, y salió á las diez de casa con gran sorpresa mia; yo no concebía cómo podia alejarse de su mujer, hallándose ésta cerca de la muerte.

Volvió á las doce, y despues de preguntar por el estado de la enferma entró en su habitacion, en la que le oí pasearse toda la noche.

Magdalena descansó algunos ratos, y el médico, que vino al amanecer, nos dijo que el período mortal subsistia, pero que tal vez viviria algunas horas más de lo que él habia creído, porque parecia más tranquila de lo que era de esperar.

— Querida Valeria, me dijo mi aya; vaya V á descansar un rato en el gabinete que hay dentro de mi alcoba; no ha dormido un instante en toda la noche y debe estar rendida; allí he hecho disponer un lecho para que repose un poco, y despues tomará algun alimento.

Seguí á Felicia, que me llevó en efecto al gabinete que me habia dicho, y en el que habia dispuesto mi blanco lecho de soltera.

Me desnudó y me hizo acostar con la solicitud de una verdadera madre, dándome despues una bebida caliente para disipar, en lo posible, el estado nervioso de una noche de insomnio y de fatiga.

Luégo me besó tiernamente en la frente, y salió asegurándome que á la más pequeña novedad me llamaria.

Así que me vi sola, me puse á examinar la habitacion, y la calma volvió á mi ánimo sólo con su vista.

Era donde Felicia acostumbraba á hacer sus oraciones de mañana, y todo respiraba allí el dulce perfume que aquella mujer angelical derramaba en derredor suyo.

Enfrente de mi lecho habia un altar coronado por una imágen de la Virgen de los Dolores, de talla; el paño blanco del altar, bordado primorosamente por la mano de Felicia; dos ramos de flores frescas, colocados en jarritos de cristal; dos candeleros que sostenian bujías blancas con arandelas de flores, todo esto daba á aquel cuartito un aspecto de inocencia, de candidez, de decoro, de alegría, que, preciso es decirlo, se adaptaba mucho mejor á mi carácter que la suntuosidad y la magnificencia.

Renovóse allí la dulce impresion de la capilla; descendió á mi alma, dolorida al contacto de las tristes ideas de la Condesa, el bálsamo de la esperanza, y de mis labios volvió á brotar fervorosa y pura la oracion.

Ya he dicho que mi carácter era tan débil é indefinido, como lo es casi siempre el de una niña de mi edad; en cambio, mis impresiones eran demasiado fuertes, y me dejaba llevar de ellas con una facilidad extrema, pasando casi de repente de un agudo dolor, á una alegría extraordinaria.

Veía las cosas de la vida, ó de color de rosa, ó negras completamente.

Así mi pobre y debilitada inteligencia iba desde la credulidad absoluta de mi abuela al amargo escepticismo de mi madrastra, que sólo creia en un supremo bien: en el cielo.

Aquellas dos mujeres, la una sibarita de todos los placeres de la vida, la otra mártir de todos los dolores, habian dispuesto de mi inteligencia y de mi pensamiento, y héchome fluctuar en un mar de ideas exageradas y confusas, contradictorias las unas á las otras, y que hubieran tal vez alterado mi juicio á no hallar en mi camino la inteligencia recta y el exacto raciocinio de mi aya.

Venció en aquella ocasion la impresion dulce y consoladora, y empecé á preguntarme por qué temía, y por qué creia lo que habia dicho Magdalena, cuya razon se hallaba ya alterada tal vez por la agonía.

Aquel gabinete estaba lindando con una sala intermedia entre la habitacion de mi padre y una antecámara, y en la que nadie entraba por estar de sobra como otras muchas de la casa: se llamaba la sala verde, y servia como de habitacion de recibo para Felicia cuando alguna de las escasas personas de su conocimiento llegaba á visitarla.

Una ventanita abierta cerca del techo y cubierta con una celosía comunicaba tambien del gabinete, donde yo estaba, á aquella salita.

De repente, y cuando yo me hallaba entregada á los dulces pensamientos de que ántes hablé, oí abrir la puer-